

todo es verdadero, se expresa el amor á los padres por medio de aquel alborozo, que aunque es cierto que se debilita luego que llega á introducirse en nuestras almas el gustar de los placeres y de la independencia, sin embargo se extingue con dificultad el principio que le produce. Aun en aquellas familias donde solo se gastan ceremonias, se manifiesta en ciertas señales de indulgencia ó de cariño, que creen deberse unos á otros, y en la correspondencia amistosa que cualquiera ocasion puede facilitar: se manifiesta tambien en aquellas casas que arden en continuas disensiones; porque el llegar los odios á ser en ellas tan violentos, viene de haber faltado á la confianza, ó de haber salido fallidas las esperanzas del amor. Por eso es, que no siempre se propone la tragedia movernos, pintándonos las pasiones fuertes y desordenadas, sino que por lo regular nos presenta las contiendas de la ternura entre unos parientes á quienes oprime la desdicha, y nunca su vista deja de sacar las lágrimas del pueblo mas capaz de oír é interpretar la voz de la naturaleza.

Rindo gracias á los dioses por haber hecho que mi hija escuche siempre esta voz tan dulce y tan persuasiva. Les doy gracias por haberme valido de su acento, siempre que me he puesto á instruirla de sus deberes; de haber siempre parecido á sus hijos como un amigo sincero,

compasivo, incorruptible á la verdad; pero mas interesado que ella en sus progresos, y sobre todo infinitamente justo. Esta última prenda es la que ha producido mayor efecto en su mente; pues así que Ismena advirtió que yo sujetaba en cierto modo á su tierna razon las decisiones de la mia, aprendió á tenerse en mas, y á conservar la opinion, que mi edad y mi experiencia le habian dado de la superioridad de mis luces: en lugar de violentar su ternura, procuré merecerla, huyendo con sumo cuidado de imitar á aquellos padres, que excitan la ingratitud, exigiendo altivos el reconocimiento.

La misma conducta he guardado respecto de Leucipa, su madre. Nunca me he contentado con el sentimiento de mi cariño, hasta el punto de no hacer caso de las demostraciones de él: cuando empecé á conocerla, deseé agradarle, y luego que la hube conocido mejor deseé tambien agradarle. No es ahora el afecto el mismo que formó nuestros primeros nudos, sino la estimacion mas grande, y la amistad mas pura. A los primeros dias de nuestra union, le causaba rubor el ejercer en mi casa la autoridad que se requiere en una muger vigilante para las atenciones domésticas; ahora la aprecia por haberla recibido de mi mano: ¡tan dulce es depender de lo que se ama, dejarse guiar por su voluntad, y sacrificarle hasta los menores gustos! Estos sa-

crificios que nos hacemos mutuamente, dan un atractivo inexplicable á toda nuestra vida; bastándoles por premio el que se adviertan, y cuando no, parecen todavía mas dulces.

Las ocupaciones sucesivas, útiles y variadas, hacen pasar el tiempo á medida de nuestros deseos. Gozamos en paz de la felicidad que nos rodea, sin experimentar yo mas pesar que el de no poder hacer á mi patria tantos servicios como le he hecho en mi juventud.

Amar la patria* es hacer uno todos los esfuerzos de que es capaz para que sea respetada afuera, y tranquila en lo interior. Las victorias ó los tratados ventajosos pueden proporcionarle el respeto de las naciones; pero solo la conservacion de las leyes y de las costumbres, es lo que puede afianzar su tranquilidad interior; y así mientras que á los enemigos del Estado se les oponen generales, y negociadores hábiles, es menester oponer á la licencia, y á los vicios que tiran á destruirlo todo, las leyes y las virtudes que coadyuven á restablecerlo todo; y atendido esto, ¡qué multitud de deberes tan esenciales

* Los Griegos usaron de todas las expresiones de la ternura para significar la sociedad de que somos individuos. Generalmente la llamaban *Patria*, palabra derivada de *Pater*, que en griego significa *padre*. Los Cretenses la llamaron *Matría*, de la palabra que significa *madre*. Parece que en algunas partes le daban el nombre de *nodriza*.

como indispensables, para cada clase de ciudadanos, y para cada uno en particular!

Vosotros, que sois objeto de estas reflexiones; vosotros, que en este instante me causais la pena de no tener una elocuencia viva para hablaros dignamente de las verdades de que estoy penetrado; vosotros, en fin, á quienes yo quisiera infundir todos los amores honestos, para que fueseis mas felices, acordaos á todas horas que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados á vuestros talentos, á vuestras virtudes, á vuestros afectos, y sobre todo á vuestras acciones; y que en cualquier estado en que os halleis, no sois mas que unos soldados que la estais sirviendo, siempre con la obligacion de velar por ella, y de volar en su ayuda cuando tenga el mas leve peligro.

Para cumplir con tan alto destino, no basta que desempeñeis los empleos que la patria os confia; no basta defender sus leyes, conocer sus intereses, ni derramar vuestra sangre en el campo de batalla, ó en la plaza pública; porque hay otros enemigos que le hacen mas daño que las coligaciones de las naciones, y los bandos interiores; y son esa guerra oculta y lenta, que los vicios hacen á las costumbres; guerra tanto mas funesta, cuanto no tiene la patria en su mano ningun medio de evitarla, ó de sostenerla. Permitidme que imitando á Sócrates, ponga en

boca de ella el discurso que tiene derecho á dirigir á sus hijos.

Aquí es donde habeis recibido la vida, y donde las instituciones sábias han perfeccionado vuestra razon. Mis leyes velan por la seguridad del menor de los ciudadanos, y todos habeis hecho juramento formal ó tácito de consagrar vuestros dias á mi servicio. Ahí teneis mis títulos: decidme ahora, ¿cuáles son los vuestros para atentar á las costumbres, que mejor que las leyes son el fundamento de mi imperio? ¿Ignorais acaso que nadie puede violarlas sin mantener en el Estado un veneno destructor; que basta un ejemplo solo de disolucion para corromper una nacion, y puede serle mas funesto que la pérdida de una batalla; que respetaríais la decencia pública si para insultarla se necesitase de valor; y que el fausto con que os tentais unos excesos que quedan sin castigo, es una cobardía tan despreciable como insolente?

Con todo eso, teneis la osadía de apropiaros mi gloria, y de jactaros á la vista de los extranjeros, de haber nacido en esta ciudad, que ha producido á Solon y á Aristides, y de descender de aquellos heroes que tantas veces han hecho triunfar mis armas. ¿Y qué conexion hay entre estos sabios, y vosotros? Diré todavía mas: ¿qué teneis vosotros de comun con vuestros abuelos? ¿Quereis saber quiénes son los compatriotas y

los hijos de aquellos inclitos varones? Pues sabed que estos son los ciudadanos virtuosos, en cualquiera condicion que hayan nacido, y en cualquier tiempo que nacieren.

¡Dichosa la patria de ellos, si á las virtudes de que se honra, no juntasen cierta indulgencia que coadyuva á su perdicion! Escuchad ahora mi voz, vosotros los que de siglo en siglo perpetuais el linage de los hombres preciosos á la humanidad. Yo he establecido leyes contra el crimen, y no las he señalado contra el vicio, porque mi venganza no puede estar sino en vuestras manos, y vosotros solo sois quienes podeis perseguirlos con odio eficaz. Lejos de reprimirlo en el silencio, debe vuestra indignacion descargar con estruendo sobre la licencia, que destruye las costumbres, sobre las violencias, las injusticias, y las perfidias que se esconden de la vigilancia de las leyes, sobre la probidad fingida, la modestia falsa, la amistad simulada, y sobre todas esas viles imposturas que sorprenden la estimacion de los hombres; y no digais que los tiempos se han mudado, y que se debe tener mas miramiento con la reputacion de los culpados; porque la virtud sin actividad es virtud sin principios, y basta que no se estremezca á la vista del vicio para que quede amancillada.

Considerad cual seria el ardor que se apode-

raria de vosotros, si ahora viniesen á deciros que el enemigo había tomado las armas, que estaba en vuestras fronteras, que estaba á vuestras puertas. Pues no, no es allí donde se halla hoy, sino en medio de vosotros, en el senado, en las juntas de la nacion, en los tribunales, en vuestras casas. Sus progresos son tan rápidos, que á no ser que los dioses ó las personas honradas detengan sus intentos, pronto será menester renunciar á toda esperanza de reforma y de salud.

Si fuéramos sensibles á las reconvenciones que venimos de oír, entonces la sociedad, que ahora por nuestra excesiva condescendencia está hecha un campo abandonado á los tigres y á las serpientes, sería la mansion de la paz, y de la felicidad. No esperemos ver semejante mudanza: hay muchos ciudadanos que tienen virtudes, pero no hay cosa mas rara que un hombre virtuoso; porque para serlo realmente es preciso tener valor para serlo en todo tiempo, en todas circunstancias, á pesar de todos los obstáculos, y con desprecio de los mayores intereses.

Pero si las almas honradas no pueden confederarse contra los hombres falsos y perversos, á lo menos liguense en favor de los hombres de bien; y sobre todo, penétrense de aquel espíritu de humanidad, que está en la naturaleza, y ya era tiempo de que se restituyese á la sociedad,

de donde le han desterrado nuestras preocupaciones y nuestras pasiones. Con él aprenderíamos á no estar siempre en guerra unos contra otros, á no confundir la ligereza de la mente con la malignidad del corazon, á perdonar los defectos, ó alejar de nosotros esos recelos y desconfianzas, fuentes funestas de tantas disensiones y de tantos odios. Con él aprenderíamos tambien que la beneficencia se da á conocer, no tanto en una proteccion distinguida, y en las liberalidades espléndidas, como en el interes que tomamos por los desgraciados.

Todos los dias estais viendo ciudadanos, que gimen en el infortunio, otros que no necesitan mas que una palabra que los consuele, ó un corazon que se duela de sus penas; ¡y todavía preguntais si podeis ser útiles á los hombres! ¡Y todavía preguntais si la naturaleza nos ha dado alguna compensacion de los males con que nos aflige! ¡Ah, si supierais la dulzura que derrama en las almas que obedecen á sus inspiraciones! Si alguna vez llegais á sacar á un hombre de bien, de la indigencia, de la muerte, de la deshonra, séanme testigos los afectos que experimentareis; entonces vereis que hay en la vida ciertos momentos de ternura, que recompensan años enteros de penas. Entonces tendreis lástima de los que se inquieten por vuestra prosperidad, ó la olviden despues de haber recogido el fruto.

No temais á los individuos, pues ellos hallarán el suplicio en la dureza de su caracter; porque la envidia es el orin que roe el hierro. No temais la presencia de los ingratos, pues ellos huirán de la vuestra, ó mas bien la apeteecerán si el beneficio que recibieron iba acompañado, y fué seguido de la estimacion y el interes; porque si vos habeis abusado de la superioridad que aquellos os da, vos teneis culpa, y vuestro protegido es digno de compasion. Varias veces se ha dicho, que el que hace un beneficio, debe olvidarle, y el que le recibe, tenerle presente; y yo os digo, que este último se acordará de él si el primero le olvida. ¿Y qué importa que yo me engañe? ¿Debe acaso hacerse bien por el interes?

Evitad tanto la ocasion de que os protejan, como la de humillar á los que habeis protegido. Procediendo de esta manera, seguid con teson haciendo servicios á los demas sin exigir nada de ellos, á veces á pesar de ellos, lo mas que podais á escondidas de ellos, dando poco valor á lo que haceis por ellos, y sumo precio á lo que hagan por vos.

Algunos filósofos ilustres han inferido de sus largas meditaciones, que siendo propio de la felicidad el ser toda accion y energía, no puede hallarse sino en un alma, cuyos movimientos dirigidos por la razon y la virtud, están únicamente consagrados á la utilidad pública. Confor-

me á su opinion, digo que nuestros vínculos con Dios, con los padres y con la patria, son una cadena de deberes que nos importa animar con el sentimiento, y que la naturaleza nos ha proporcionado para ejercitar y aliviar la actividad de nuestra alma. En cumplirlos con ardor, es en lo que consiste aquella sabiduría, de que segun Platon, quedariamos enamorados si se descubriese su belleza á nuestra vista. ¡Qué amor! nunca se acabaria: la aficion á las ciencias, á las artes, á los placeres, se acaba insensiblemente; ¿pero cómo saciar á un alma, que contraido el hábito de las virtudes útiles á la sociedad, le ha convertido en necesidad, y encuentra cada dia mayor placer en practicarlas?

No creais que su felicidad se termine en las sensaciones deliciosas que halla el alma al ver cumplidos sus deseos: otros manantiales de felicidad tiene no menos abundantes, ni menos durables. Uno de ellos es la estimacion pública; aquella estimacion que nadie puede dejar de ambicionar, sin confesar que es indigno de ella; que no es debida mas que á la virtud; que tarde ó temprano la alcanza; y que le resarce los sacrificios que ha hecho, y la sostiene en los reveses que padece. Otra es nuestra estimacion propia, el mas bello privilegio que posee la humanidad, la necesidad mas pura en un alma honrada, la mas viva en un alma sensible, sin

la cual ninguno puede ser amigo de sí mismo, y con la cual se puede no echar menos la aprobacion de los demas en el caso de que sean tan injustos que nos la nieguen. Otra es, en fin, aquel afecto que nos ha sido dado para recreo de nuestra vida, y de que me resta daros una ligera idea.

Continuaré diciéndoos verdades triviales; pero si no fuesen tales, no podrian seros útiles.

De los amigos. En una isla del mar Egeo, en medio de algunos álamos antiguos, consagraron en otro tiempo un altar á la Amistad, sobre el cual humeaba día y noche el incienso puro y grato á la diosa; pero á poco, rodeado de adoradores mercenarios, no vió en sus corazones mas que uniones interesadas y poco adecuadas. Un día dijo á un favorito de Creso: lleva á otra parte tus ofrendas: no soy yo á quien se dirigen, sino á la Fortuna. A un ateniense, que dirigia sus votos en favor de Solon, de quien se apellidaba amigo, le respondió: trabando amistad con un hombre sabio, tú quieres participar de su gloria, y que se echen en olvido tus vicios. A dos mugeres de Samos, que se abrazaban tiernamente al lado de su altar, les dijo: la afición á los placeres, os une en la apariencia; pero los zelos despedazan vuestro corazon, y pronto hará lo mismo el odio.

Por último, dos siracusanos, llamados Damon

y Fintias, ambos educados en los principios de Pitágoras, vinieron á postrarse ante la diosa, la que les dijo: yo recibo vuestra ofrenda; y ademas voy á abandonar este asilo por largo tiempo, amancillado con sacrificios que me ultrajan, y no quiero ya otros sino vuestros corazones. Id á decir al tirano de Siracusa, al universo, á la posteridad, lo que puede la amistad en las almas á que yo he dado mi poder.

De vuelta á su patria, en vista de una simple delacion, condenó Dionisio á Fintias á perder la vida. Pidió este que se le permitiese ir á arreglar varios asuntos importantes, que requerian su presencia en una ciudad inmediata, prometiéndole presentarse el día señalado, y partió, saliendo Damon fiador de su palabra con su persona y vida.

Dilatáronse los asuntos de Fintias, de manera que llegó el día destinado para su muerte, en el cual se juntó el pueblo, unos vituperando, y otros compadeciendo á Damon, quien caminaba tranquilo á la muerte, bien seguro de que su amigo llegaría, y teniéndose por dichoso en que no llegase. Ya se acercaba el momento fatal, cuando mil voces tumultuosas anunciaron la llegada de Fintias, quien corre, vuela al lugar del suplicio, ve levantada la espada sobre el cuello de su amigo; y entre repetidos abrazos y copiosas lágrimas, disputan la dicha de morir

uno por otro. El concurso prorumpió en lágrimas; y hasta el rey mismo se arroja del trono, y les pide con anhelo que le hagan partícipe de tan hermosa amistad.

En vista de esta pintura, que requería expresarse con rasgos de fuego, sería inútil dilatarse en elogio de la amistad, ni acerca de los recursos que puede suministrar en todos los estados y circunstancias de la vida.

Casi todos los que hablan de la amistad, la confunden con otros enlaces, que son fruto de la casualidad y obra de un día. En el fervor de estas uniones nuevas, ve uno sus amigos como quisiera que fuesen; y no tarda en verlos como realmente son. No son mas afortunadas otras elecciones; y así se viene á parar en resolverse á renunciar á la amistad, ó lo que viene á ser lo mismo, en cambiar de objeto á cada instante.

Como casi todos los hombres pasan la mayor parte de su vida sin reflexionar, y la menor en reflexionar sobre los demás, mas bien que sobre sí mismos, no conocen la naturaleza de las conexiones que contraen. Si se atreviesen á pensar sobre la multitud de amigos de que se creen rodeados, verían que estos amigos no están unidos á ellos mas que por apariencias engañosas. Esta perspectiva los llenaría de dolor; porque, ¿de qué sirve la vida cuando no hay amigos? Pero este dolor los obligaría á hacer elecciones de que

no tuviesen que avergonzarse en adelante.

Son muy agradables en el comercio de la amistad, el ingenio, los talentos, la afición á las artes, y las calidades brillantes: la animan y la adornan cuando está formada: pero no bastarian por sí mismas para prolongar su duración.

La amistad no puede fundarse sino en el amor de la virtud, en la bondad de carácter, en la conformidad de principios, y en cierto atractivo que previene la reflexión, y esta justifica después.

Si yo hubiera de daros reglas, serian mas bien para impedirlos hacer una mala elección, que para hacerla buena.

Es casi imposible que haya amistad entre dos personas de estados muy diferentes y desproporcionados. Los reyes son demasiado grandes para tener amigos; los que los rodean no ven por lo común á su lado mas que rivales, y encima de ellos lisonjeros. En lo general se inclina uno á elegirse amigos en un orden inferior, ya sea porque se cuenta mas con su complacencia, ya porque se lisonjea de ser mas amado. Pero como la amistad lo hace todo común, y exige igualdad, no buscareis amigos en un orden, ni muy superior, ni muy inferior al vuestro.

Haced muchas pruebas antes de unirlos estrechamente con hombres que tienen con vosotros los mismos intereses de ambición, de gloria y de

fortuna. Se necesitarian esfuerzos inauditos para que unos enlaces expuestos á los peligros de los zelos , pudiesen durar mucho tiempo , y no debemos tener tan buen concepto de nuestras virtudes , que hagamos pender nuestra felicidad de una continuacion de combates y de victorias.

Desconfiad de las caricias excesivas , y de las protestas exageradas ; pues tienen su origen en una falsedad que despedaza las almas veraces. ¿Cómo no os serian sospechosas en la prosperidad , cuando pueden serlo en la misma adversidad ? Porque es cierto , que las consideraciones que se afectan hácia los desgraciados , no suelen ser mas que un artificio para introducirse con las personas felices.

Desconfiad tambien de aquellos rasgos de amistad , que se escapan algunas veces á un corazon indigno de experimentar este sentimiento. La naturaleza ofrece á los ojos un cierto desarreglo exterior , una serie de inconsecuencias aparentes , de las cuales saca la mayor ventaja. Vereis brillar un resplandor de equidad , en una alma vendida á la injusticia ; de sabiduría , en un espiritu entregado comunmente al delirio ; de humanidad , en un caracter duro y feroz. Estas particillas de virtudes , desprendidas de sus principios , y sembradas diestramente entre los vicios , reclaman sin cesar en favor del orden que ellas conservan. Se necesita en la amistad ,

no uno de aquellos fervores de imaginacion , que envejecen luego que nacen , sino un calor continuo y de sentimiento. Cuando las pruebas largas han servido solamente para hacerla mas viva y activa , entonces es cuando está hecha la eleccion , y cuando se empieza á vivir en otro sí mismo.

Desde este momento se minoran las desgracias que sufrimos , y se multiplican los bienes de que gozamos. Considerad un hombre afligido : mirad esos consoladores , que el bien parecer arrastra á pesar suyo á su lado. ¡Qué embarazo en su porte ! ¡qué falsedad en sus discursos ! Pero los infelices necesitan lágrimas ; esta expresion del dolor , ó el silencio que le expresa tan bien. Por otra parte , dos verdaderos amigos creen hacerse un hurto saboreando los placeres sin comunicarlos al otro ; y cuando se hallan en esta necesidad , el primer grito del alma es echar menos la presencia de un objeto , que participando de ellos , le proporcionaria una impresion mas viva y mas profunda. Lo mismo sucede con los honores y distinciones , que no deben lisonjearnos , sino en cuanto justifican la estimacion en que nos tienen nuestros amigos.

Gozan estos de un privilegio mas noble todavia , y es el de instruirnos y honrarnos con sus virtudes. Si es verdad que aprende á ser mas virtuoso el que trata con los que lo son , ¡qué

emulacion, qué fuerza no deben inspirarnos unos ejemplos que nos son tan amables! ¡Qué placer no será para ellos el vernos seguir sus huellas! ¡Qué delicia, qué enternecimiento para nosotros, cuando por su conducta cautiven ellos la admiracion pública!

Los que son amigos de todos, no lo son de nadie; pues solo buscan el hacerse amables. Vosotros sereis felices, los que podais adquirir algunos amigos; acaso seria necesario reducirlos á uno solo, si exigis de este bello enlace toda la perfeccion de que es susceptible.

Si se me propusiesen todas esas cuestiones que agitan los filósofos sobre la amistad; si se me pidiesen reglas para conocer sus obligaciones, y perpetuar su duracion, responderia: haced una buena eleccion, y descansad despues sobre vuestros sentimientos, y sobre los de vuestros amigos; porque la decision del corazon es siempre mas pronta y mas ilustrada que la del entendimiento.

Sin duda que solo en una nacion ya corrompida pudo haber atrevimiento para pronunciar estas palabras: «amad á vuestros amigos como « si hubierais de aborrecerlos algun dia: » máxima atroz, á la cual es necesario sustituir esta otra mas consoladora, y quizá mas antigua: « aborreced á vuestros enemigos, como si los « hubieseis de amar algun dia. »

No se diga que la amistad, llevada á este punto, llega á ser un suplicio, y que son bastantes nuestros males personales, sin participar de los de otros. No se conoce este sentimiento cuando se temen las resultas. Las demas pasiones van acompañadas de tormentos; la amistad no tiene sino penas que estrechan sus lazos. Pero si la muerte.... Alejemos de nosotros ideas tan tristes, ó mas bien, aprovechémonos de ellas para penetrarnos de estas dos grandes verdades; una, que debemos tener de nuestros amigos, la idea que tendríamos si llegásemos á perderlos; otra, consecuencia de la primera, que es necesario acordarse de ellos, no solo cuando están ausentes, sino tambien cuando están presentes.

Con esto alejaremos los descuidos que dan origen á las sospechas y temores; con esto, se pasarán sin turbacion aquellos dichosos momentos, los mas bellos de nuestra vida, en que los corazones abiertos saben dar tanta importancia á las mas leves atenciones, en que el silencio mismo prueba que las almas pueden ser felices por la presencia en que están una de otra: porque este silencio no produce, ni disgustos, ni enfado: callan, pero están juntas.

Hay otros enlaces que se contraen todos los dias en la sociedad, y es util cultivar. Tales son los que se fundan sobre la estimacion y el gusto.

Aunque no tengan los mismos derechos que la amistad, nos ayudan mucho á sufrir el peso de la vida.

Haced por que vuestra virtud no os aparte de los placeres honestos, proporcionados á vuestra edad, y á las diferentes circunstancias en que os hallais. La sabiduría no es amable y sólida, sino por la feliz mezcla de distracciones que se permite, y de los deberes que se impone.

Si á los recursos de que acabo de hablaros, añadís aquella esperanza que se introduce en las desgracias que experimentamos, hallareis, Lisis, que la naturaleza no nos ha tratado con tanto rigor como se dice. En lo demas, no mireis las reflexiones precedentes sino como explicacion de esta: el hombre reside todo en el corazon; aquí solamente es donde debe hallar su reposo y felicidad.

FIN DEL TOMO SEXTO.

INDICE

DEL TOMO SEXTO.

CAP. LXIX. Historia del teatro de los Griegos.	4
CAP. LXX. Representacion de piezas teatrales en Atenas.	50
CAP. LXXI. Conversaciones sobre la naturaleza y objeto de la tragedia.	86
CAP. LXXII. Extracto de un viage á las costas de Asia, y á algunas islas vecinas.	159
CAP. LXXIII. Continuacion del capitulo anterior; islas de Rodas, Creta y Cos. Hipócrates.	190